

PARIS ALEGRE



Colorido con la máquina «Aquatype» (Privilegio para España).

AÑO I.—N.º 6.

EN LA TERRAZA.
Biblioteca Nacional de España

PARIS ALEGRE
1.º DE JULIO DE 1901.
Barcelona.

CRÓNICA



Los días calurosos de verano los encuentro deliciosos. No precisamente por el gusto de verme empapado en sudor, congestionado el rostro y fatigosos los pulmones, sino por el inapreciable espectáculo que ofrecen los trajes femeninos á la vista del menos observador de los hombres.

Las telas finas y vaporosas transparentan admirablemente las interioridades de las

mujeres, quienes además resultan más apetitosas y codiciables con las flojedades que dan en estos días á sus corsés, á sus blusas y chaquetas. Las faldas, libres de ropas de debajo, dibujan de admirable modo contornos, turgencias y redondeces deliciosas, que hacen bendecir los calores extraordinarios con que nos está favoreciendo Febo en los presentes días.

El calor que dilata los cuerpos, esponja los de las mujeres proporcionándoles incitantes desarrollos en sus tejidos, que al andar trepidan provocando deseos y trayéndonos á la imaginación delicias apetitosas de las que salen ganando las vendedoras de amor que pululan por todas partes, tanto de día como de noche, ofreciendo á bajos precios, calmantes para los nervios más excitados.

Con estos calores ha aumentado, como era natural, el número de fugas amorosas, de desafíos por los mismos temas y de escándalos en los que la moralidad brillaba por su ausencia. Durante los últimos quince días, en la prefectura se ha recibido noticia de haber abandonado á sus maridos diecisiete ciudadanas de las que sin duda proclaman el amor libre dentro de la mujer libre; doce hijas de familias conocidas á quienes seducían sin duda más los cariños del novio que los de la madre, y treinta y cuatro muchachas de la clase obrera que, cansadas de soportar los rigores del calor metidas en talleres y oficinas, quieren respirar el aire fresco de la libertad, aunque para lograrlo se tengan que despojar de los vestidos y demás prendas personales de vez en cuando ante un amable espectador cuya generosidad ha de contribuir á hacer más llevadera la vida fuera del hogar.

Estos son los datos que la terrible estadística ha ofrecido en estos días á la consideración de París: ahora hay que añadir lo que naturalmente queda siempre oculto en una capital como la nuestra y deducir *in continenti* que los calores son unos poderosos enemigos de la moralidad, de las buenas costumbres y de la tranquilidad individual.

Y como el calor arrecia que es un gusto, excuso decir á ustedes adónde vamos á ir á parar: á la primitiva, barata y tentadora hoja de parra. ¡Así sea!

Muchas mujeres han hecho ya sus maletas y se preparan para remojar sus lindos cuerpecitos en las turbulentas ondas del mar. ¡Quién fuera ellas!

Y á este *ellas* damos aquí la misma amplia interpretación que cuando en una reunión de hombres solos se hablaba de que una Fulanita había contraído matrimonio con Menganito, un malicioso exclamó: ¡Quién fuera ella!...

Este verano parece que las playas van á verse muy concurridas y animadas. De lo que ocurra ya les tendré á ustedes al corriente.

Lo que no parece un éxito de verano, es el que ha obtenido la Tortajada en el teatro de la Alhambra de Londres, en calidad de artista dramática-cómico-líricobailable. ¿Se acuerdan ustedes de ella? Es un verdadero primor humano. Linda, esbelta, graciosa, provocativa, durante mucho tiempo ha usufructuado los aplausos del público al nivel de la Otero, la Luque, la Guerrero y la Chavito. Pero buscando mayor espacio para sus hazañas, dió en Londres, donde, según noticias, ha estrenado con éxito ruidoso una opereta que fué anunciada propiamente en estos términos:

LOS CONTRABANDISTAS (THE SMUGGLER)

A New Spanish operetta in 1 act and 3 senes

Tonto me parece describir el argumento de la obra. ¿Quién no adivina que en ella han de abundar las escenas patéticas y sentimentales entre contrabandistas, gitanos, toreros, cigarreras y demás gente de rompe y rasga? ¿Quién no acierta de pensar que la escena final es la muerte de un torero por efecto de una cornada?

La prensa inglesa ha estado unánime, esa es la verdad, en reconocer una gran potencia dramática á la obra y una gran madera de actriz trágica, bailarina y cantante á la bella española.

Desde que la Otero representó en Folies-Marigny *La Feria de Sevilla*, ya me presumía yo que sus rivales habían de emprender el mismo camino, de modo que no me ha extrañado el estreno de la opereta. Lo que sí no ha dejado de sorprenderme que haya dicho un periódico londonense «que ni la *Brunilda*, la *Walkyria*, representada por Mlle. Addini, da una impresión más profunda de majestad y grandeza que la señora Tortajada en *Los Contrabandistas*.

Descartando de ello lo que haya de galantería, es lo cierto que una mujer está haciendo por el buen nombre de España en el extranjero, todo lo que dejan de hacer los políticos y politicastro que tienen ustedes para pasar á tragos esta mísera vida.

CONDE VIOLET.



MONÓLOGO DE ESTIO

¡Hermosa noche! ¡Ay de mí! ¡Cuántas como ésta, tan puras, las he pasado corriendo las *juergas* número uno!... Todo me recuerda mis tiempos de esplendor... La luna que sale... mi cuerpo que se desnuda para recibir los besos del astro de la noche, vamos al decir; el murmullo de la brisa que parece repetir las eternas cantinelas que en mi oído han deslizado cuantos amantes he tenido... hasta el embobamiento en que parece se encuentran estos gansos ante mi hermosura, me trae á la memoria el que he inspirado á otros gansos quizás aún mayores que éstos.

..... Este de la derecha se parece bastante al Vizconde de la Selva... Tiene su misma mirada lánguida... es tan pesado como él... su gruñido es análogo... ¡Cómo gruñía aquel fastidioso cada vez que sabía que se la pegaba con otro!... No cambiaría hoy por este pato á aquel patoso.

Este otro de la izquierda, que apenas se puede tener de viejo, me recuerda al pobre de D. Sinforiano que no podía con los calzones que llevaba puestos. ¡Y qué exigente era el hombre y qué caprichoso! Gracias á que pagaba bien, contra su costumbre de no pagar nunca á nadie... Pero comprendía que conmigo tenía que portarse de otro modo. ¡Y cómo lloraba el pobrecillo el día en que le eché con viento fresco...! Lo que pretendía de mí era demasiado... No obstante si ahora volviera, aunque fuera con las mismas pretensiones, quizás, quizás sucumbiera... Pero ¿cómo ha de volver si le dejé sin dos pesetas? ¡No tendría yo vergüenza si le volviera á hacer caso...

En cambio este pato chiquitín tiene analogía completa con el chico de aquel banquero, tan tímido y medroso que no se atrevió á quitar á su padre más que dos mil pesetas, cuando le puse en la alternativa de dejar de usufructuar mi amor ó darme aquel pico que necesitaba urgentemente para sacar de un grave compromiso á mi adorado Julio...

¿Qué se habrá hecho de Julio? Después de que le dí las dos mil pesetas no le he vuelto á ver... ¡La verdad que era un hombre de mucha chispa!... Se emborrachaba todos los días y me zurraba todas las noches. Pero era por puro cariño. Si no me hubiera querido, seguramente ni habría bebido para olvidarme, ni habría jugado para ver de hacerse rico sólo para mí, según me juraba; ni me habría pegado cuando sabía mis infidelidades con el cochero, ni se hubiera rebajado á admitirme las dos mil del ala... — ¿Y qué habrá sido de aquel cochero? Era un mozarrón arrogante... Tenía una fuerza colosal... un empuje avasallador... En la última Exposición de Bellas Artes



vi una estatua de un domador de fieras, completamente desnudo, que, no me cabe duda, sirvió de modelo mi cochero inolvidable.

¡Era todo un hombre! ¡Lástima que no quisiera tolerar en casa por las noches la presencia del general Rodríguez. ¿Pero qué quería el gran zanguango? ¿Que me alimentara del aire? Eso no podía ser. Si no hubiera sido por el general y por aquel diplomático que le hacía la contra, ¿qué hubiera sido del cochero y de mí? El no lo quería reconocer así. ¡Tanto peor para él! ¡Ay y para mí, porque la nostalgia que siento de sus caricias, no la ha podido disipar ni el comerciante D. Trifón con sus constantes asedios, ni el tenor Morini con sus dulces palabras, tan dulces como sus cánticos, ni el *Berrendo chico* á quien en la última semana tuve que pagar con creces el toro que me brindó en la corrida del domingo...

Hermosa noche... pero demasiado calurosa para ocuparme de semejantes recuerdos, más propios para el invierno por lo que enardecen la sangre y hacen subir la temperatura de los nervios... La luna me besa... ¡qué beso más dulce y más fresco!... Y sin embargo, estoy condenada á gansos perpetuos...

VERANEO INTERRUMPIDO

Recuerdo que fué por el año 95 cuando, deseoso de reponer mi quebrantada salud, me dirigí á un pueblecillo de la costa gallega, que apenas figura en el mapa porque su nombre está siempre escrito en caracteres microscópicos.

No bien hube llegado al punto de mi destino, fui conociendo á todo el personal del mismo, invitado á sus fiestas, agasajado por unos y otros y atendido mucho más de lo que yo podía figurarme.

Fué por todo esto por lo que no extrañé el que cierto día recibiese la cortés visita de Pedruco, un mozo como un castillo, forzado como un Sansón y que desempeñaba el cargo de vigilante en la casa de baños á donde yo concurría para despojarme de la ropa que me molestaba para sumergirme en las ondas del mar, que había de restablecer mis perdidas fuerzas en la crapulosa vida cortesana.

—¿Qué se ofrece, hombre?—le pregunté al verle entrar en mi casa.

—Pues, yo venía—me respondió—á pedirle un favor.

—Concedido desde luego. Sepamos cuál es.

—Pues, que voy á casarme y quisiera que fuera usted padrino de mi boda.

—No tengo inconveniente — le respondí. — ¿Quién es la novia?

—La Mariquita... La hija del tío Eusebio.

—Cuenta con mi padrínazgo y con un buen regalo para que os acordéis de mí... en algún rato de vuestras expansiones matrimoniales.

—No sé lo que es eso... pero ya sabe que yo no he de hacer más que lo que el señorito me mande.

—Gracias, hombre, gracias. Y que sea para bien.

—Así lo espero.

Por la tarde, á la puerta de la botica del pueblo, convertida en casino, á falta de otro mejor, conté á mis amigos la participación que iba yo á tener en un acto, que, por lo poco frecuente que era en aquel punto, revestiría sin duda los caracteres de una verdadera fiesta.

Rodada la conversación vine en conocimiento de qué clase de pájaro era la novia, sabiendo con disgusto que el pobre Pedruco iba á ser víctima de una felonía, por cuanto se le quería hacer pasar por inédito un libro que ya habían hojeado en el pueblo todos cuantos se lo habían propuesto. Le iban á dar, pues, gato por liebre, y yo, en conciencia creí que debía evitarlo ó por lo menos advertirle del inminente riesgo que corría de cargar con las piltrafas que otros habían dejado después de devorar el cuerpo, redondito, fresco y con en-

cantadoras prominencias de Mariquita. Esta, entera, habría sido un succulento *bocato di cardinali*; pero entonces ya, aun cuando conservaba restos de su pasada hermosura, era realmente un desecho que me parecía impropio para que yo la apadrinara en los altares.

Y me decidí á hablar á mi pobre Pedruco, para ponerle en autos del peligro que le amenazaba. Pero ¿cómo se habla de asunto tan escabroso y peliagudo á un hombre enamorado? ¿Cómo se le dice á un novio que sólo sueña con el momento deleitoso de llegar á poseer

el manjar más apetecido de su vida, que ese manjar está averiado y podrido porque otros, adelantándose, le han hincado ya el diente?

Hube de recurrir á todos los eufemismos habidos y por haber; á todos los rodeos con que el más circunspecto diplomático debe tratar un negocio internacional; á todas las habilidades de retórica y dicción que estaban á mi alcance. Pero el hombre, torpe ú obcecado, no se daba á partido y todos mis habilidosos rodeos para pintarle claramente la situación desdichada de su próxima mujer resultaban inútiles. Y tuve, convencido de que el camino escogido era el menos recto y seguro para llevar la luz de la realidad á aquella inteligencia obtusa, que abordar el asunto con toda su brutal desnudez.

—No seas cernicalo—me atreví á decirle.—Yo te aseguro que Mariquita no te conviene. Ha dado mucho que hablar en el pueblo... Se cuenta de ella... Me han asegurado que... En fin, tú, ya me comprendes...

—No, señor: lo que yo comprendo, es que usted se vuelve atrás y que busca pretextos para no ser padrino.

Aquella salida de tono tan fuera de razón me sulfuró, y dejándome ya de respetos y de consideraciones, le grité.

—Eres un bárbaro... ¿Quieres casarte? Pues cástate. Pero te advierto por última vez que Mariquita no tiene...

Y en arranque de pudor le confíé al oído la palabra que su testarudez merecía hubiera yo dicho á voz en cuello. A lo cual me replicó Pedruco, soltando una carcajada: —Bah!... Bah!... Eso no vale la pena... ¡Para lo que la había de durar!

Me quedé helado y renuncié por tanto á seguir veraneando.

X. X. X.





UN BAÑO

POR E. ZOLA

Apuesta lo que quieras, Ninon. Busca, inventa, imagina: un verdadero cuento azul, algo de terrorífico é inverosímil... ¿Sabes, la baronesa, la preciosa Adelina de C***, que había jurado...? No, no lo adivinarías; prefiero decírtelo todo.

Pues bien; es positivo que Adelina vuelve á casarse. Lo dudas, ¿no es cierto? Preciso ha sido que yo estuviera en Mesnil-Rouge, á sesenta y siete leguas de París, para dar crédito á semejante historia. Puedes

reírte cuanto quieras, no por eso dejará de efectuarse el matrimonio. ¡Pobre Adelina! ¿te acuerdas? viuda á los veintidós años y tan linda con su desdén y aversión á los hombres! En dos meses de vida común, el difunto, un hombre digno y, á la verdad, bien conservado, un caballero que habría sido modelo de perfecciones sin las dolencias que lo llevaron al sepulcro, le había enseñado toda la escuela del matrimonio. Adelina juró que bastaba la experiencia... ¡y vuelve á casarse! Fíate de promesas en tan complejo asunto.

Verdad es que la fuerza de las circunstancias ha obligado á Adelina.

No es fácil prever la aventura que ha dado margen á su determinación. ¡Y si te dijese con quién se casa! ¿Conoces al conde Octavio de R***,

aquel joven alto, guapo, elegante, á quien ella detestaba de todo corazón? No podían encontrarse sin cambiar sarcásticas sonrisas, sin desollarse suavemente con amables frases. ¡Oh, desdichados! ¡Si supieses dónde se encontraron la vez última!... Conozco que es indispensable hacerte este relato. Es toda una novela. Esta mañana llueve... pues voy á dividir la cosa en capítulos.

I

El Castillo está á seis leguas de Tours. Desde Mesnil-Rouge veo sus techos de pizarra anegados entre los verdes del parque. En la comarca le llaman el Castillo de la Hermosa del Bosque encantado, porque en otros tiempos lo habitó un señor que hubo de casarse con la hija de sus colonos. La pobre niña vivió enclaustrada dentro de aquellos elevados muros, y dicen que su sombra todavía los recorre. Nunca exhalaban otros sillares perfume amoroso tan delicado!

La Hermosa que hoy vive allí es la anciana condesa de M***, tía de Adelina. Hace treinta años que promete venir á pasar un invierno en París. Sus sobrinas y sobrinos la visitan cada uno por quincenas durante los alegres días de la primavera y el verano. Adelina es muy puntual. Por otra parte, está enamorada del Castillo, ruina legendaria que desgastan las lluvias y los vientos en medio de una selva virgen.

La vieja condesa tiene formalmente recomendado que no se toque ni los techos que se grietean, ni las ramas caídas que obstruyen el paso en las calles de árboles. Gózase en la contemplación de la oleada hojosa que cada primavera invade los senderos, y suele decir que la casa es aún más fuerte que ella. La verdad es que toda un ala del edificio está ya ruinosa. Estas moradas placenteras, edificadas en tiempo de Luis XV,

eran, como los amores de la época, rientes cual alboradas de Mayo. Los vaciados en yeso se resquebrajan, ceden los pisos y el musgo verdea hoy hasta en las alcobas. Toda la humedad del parque traslada allí un frescor por el que circula todavía el almizclado perfume de las ternezas de otros tiempos.

El parque amenaza entrar en la casa. Los árboles crecen ya en las graderías y la hierba asoma por las mil rendijas de los peldaños rotos. No hay más que el paseo central accesible á los coches, y aun le es preciso al áuriga apearse y conducir á sus bestias con la mano. A derecha, á izquierda, los tallares permanecen vírgenes, afectando raros senderos negros de sombra, por los cuales es fuerza avanzar con las manos extendidas y apartando las malezas; los troncos derribados convierten en callejones sin salida y atoladeros los antiguos caminos, mientras que los claros, más reducidos de día en día, parecen pozos abiertos en el azul del cielo. El musgo cuelga de las ramas, las dulzamaras tienden cortinas en los oquedales; mil especies de insectos y pájaros invisibles zumban y trinan presutando extraña vida á esas espesuras inextricables. A mí me han acometido diferentes veces estremecimientos miedosos al visitar á la condesa; parecíame que de los amontonamientos de hojas surgían hálitos espeluznantes.

Pero en este parque hay un rincón que conmueve deliciosamente el ánimo: está á izquierda del Castillo, casi en el extremo de un parterre, donde florecen amapolas tan grandes como girasoles. Bajo una espesa umbria ábrese una gruta, la cual desaparece en medio de colgaduras de hiedra cuyos filamentos se arrastran hasta la hierba. La gruta, invadida, casi obstruida del todo, no es ya sino un negro agujero, en cuyo fondo se divisa la blancura de un Amor de yeso, sonriente, con un dedo en los breves labios. El pobre niño es manco, y tiene en el ojo derecho una mancha de musgo que le hace parecer tuerto. No parece sino que esté allí guardando, con pálida sonrisa de enfermizo, alguna beldad amorosa muerta hace siglos.

Un agua cristalina que surge de la gruta se extiende en ancha sábana en mitad del claro, y luego se escapa formando un arroyuelo que desaparece bajo las hojas. Es un estanque natural, de fondo arenoso, en el cual se reflejan los árboles; el azul agujero del cielo dibuja una mancha cerúlea en el centro del remanso. Junto á sus orillas álzanse juncos y espadañas, y los nenúfares distienden las redondas hojas que lame el agua. No se oye en la verdosa claridad de este pozo de hojarasca que parece abrirse de alto á bajo en el celeste lago, más que la canción del agua cayendo eternamente con dulce lasitud. Los zancudos patinan en los rincones; á veces un pinzón se acerca á la clara linfa y bebe de ella con mimosos gestecillos, temiendo mojarse las patas. Un estremecimiento brusco de las hojas finge en la

balsa deliquios de virgen cuyos párpados entornan amorosos pensamientos, y desde el negro fondo de la gruta, el Amor de yeso recomienda el silencio, el reposo, todas las discreciones de las aguas y de las frondas á este rincón voluptuoso de la naturaleza.

II

Cuando Adelina va á pasar su quincena con la condesa, este país de lobos se humaniza. Es preciso ensanchar las avenidas porque las faldas de Adelina puedan pasar por ellas. Este año llegó con treinta y dos maletas, que hubieron de llevarse á brazo porque el camión del ferrocarril jamás quiso aventurarse por en medio de las arboledas. Y te juro que hizo bien, porque si se atreve no sale de allí.

Por otra parte, Adelina es una salvaje, no lo ignoras. Aquí para nosotras, no hay para qué ocultar que su cabeza es de chorlito. ¿Recuerdas sus extravagancias



en el colegio? Yo sospecho que si acude al Castillo es para saciar, lejos de los curiosos, su apetito de rarezas. La tía apenas se mueve de su sillón, y entretanto manda y dispone en el Castillo la mimada sobrinita, que debe de soñar en él las más sorprendentes fantasías. Allí da paz á sus duelos. Cuando sale de ese agujero, lleva cordura para un año.

Durante quince días, Adelina es el hada, el alma de las malezas. Se la ve en *toilette* de gala paseándose cubierta de blancos encajes y lazos de seda por en medio de los zarzales. Me han asegurado que á veces se prende á la Pompadour, empolvada y todo, y se sienta en la hierba, en el más desierto rincón del parque. Hay también quien cree haber observado á un jovencito rubio paseándose lentamente por las alamedas. Yo apostaría que el tal jovencito es esa misma loquilla que se disfraza.

Que ella registra el Castillo desde las bodegas hasta los graneros, esto es indudable. Escudriña los escondes más oscuros, explora los paredones golpeándolos sin temor de dañarse los rosados puños, y con nariz finísima olfatea todo ese polvo de pasadas edades. Se la encuentra encaramada por las escaleras, perdida en el interior de grandes armarios, atento el oído junto á las ventanas y ensimismada ante las chimeneas, con evidentes ganas de ascender por dentro de ellas y observar. Después, como no encuentra sin duda lo que busca, corre hacia el prado de amapolas, se hunde en las umbrías ó sale de pronto á los claros donde bate el sol. Inquieta, anhelosa, busca continuamente, aspirando el aire á pulmón lleno por si le trae el lejano y vago perfume de una flor de ternura que le es imposible coger.

Positivamente, —te lo he dicho ya,—querida Ninon, el viejo Castillo exhala todo él amorosos effluvios, á pesar de su vegetación bravía. Vaga en su recinto la sombra de una joven amante, y las paredes han conservado el aroma de aquella ternura, como los viejos cofrecillos que contuvieron ramos de violetas. Este aroma, lo juraría, es el que se sube á la cabeza de Adelina y la embriaga. Luego, cuando ha bebido esta esencia de amor pretérito, ebria ya, cabalgaria en un rayo de luna para ir á visitar el país de los cuentos, y se dejaría besar en la frente por cualquier apuesto caballero que fuese á despertarla de su sueño centenario.

Asáltanla de continuo vaporosas languideces; y en cada espesura se ven banquillos que lleva allí para sentarse. Pero en los días de grandes calores, su delicia consiste en bañarse, por la noche, en el estanque, bajo los espesos follajes. Aquel es su plácido retiro. Es la hija del manantial; los juncos se inclinan para acariciarla; el Amor de yeso le sonríe, cuando se desprende de sus faldas y entra en el agua con la olímpica tranquilidad de la diosa cazadora fiada en la soledad del sitio. Cíñenla los nenúfares con sus flotantes hojas, y sabe que los dorados peces duermen discreto sueño. Así nada suavemente, los blancos hombros fuera del agua, parecida á un cisne que hincha las alas y avanza sin ruido. La frescura calma sus ansiedades, y su sosiego sería perfecto sin el Amor manquillo que en el fondo de la gruta perpetúa su sonrisa.

Una noche penetró dentro de esta gruta, á pesar



del horrible miedo que debió inspirarle aquella sombra húmeda, y se alzó sobre las puntas de los pies, pegando el oído en los labios del Amor para saber si algo tenía que decirle...

(Concluirá en el número próximo.)

A ***

Alma mía gentil, mi fe, mi anhelo.
Mi antorcha en el sendero de la vida,
Mi esperanza, del cielo descendida,
Con cuyo amor he de escalar el cielo;

Tú en mi pecho prendiste la dormida
Llama gigante que fundió su hielo,
Y en tu regazo el alma dolorida
Bebió sedienta el agua del consuelo.

Bríndame amor en ese labio riente
Que oprimo loco en delirante beso
Y es desbordado manantial bullente

De que brota en raudal el embeleso:
Hunde tu vista en la mirada mía,
Hada celeste que el amor me envía.

EL BARÓN DE U***



Cuando te lanzas ardiente



Al revuelo de la danza



Tu esbelto cuerpo cimbreo



Como en el vergel la palma.



Con el movimiento ondulan

En torno de ti las gasas,

Y los encajes del pecho

Tu seno agitado alza.

EL TÚNEL LARGO

POR CÁTULO MENDES.

— Es preciso confesar — exclamó Zoa — que los hombres son endiabladamente astutos, y que su mayor placer consiste en tender lazos á nuestra ingenuidad.

— Hemos llegado á tal punto — repuso Lía — que es preciso estar dotada de considerable virtud para escapar sana y salva de sus asechanzas.

— Y á pesar de esta virtud — suspiró Zoa, — ¡cuán á menudo no nos acontece dejar en sus garras algunas de nuestras plumas de ángel!... ¡toda el ala á veces!...

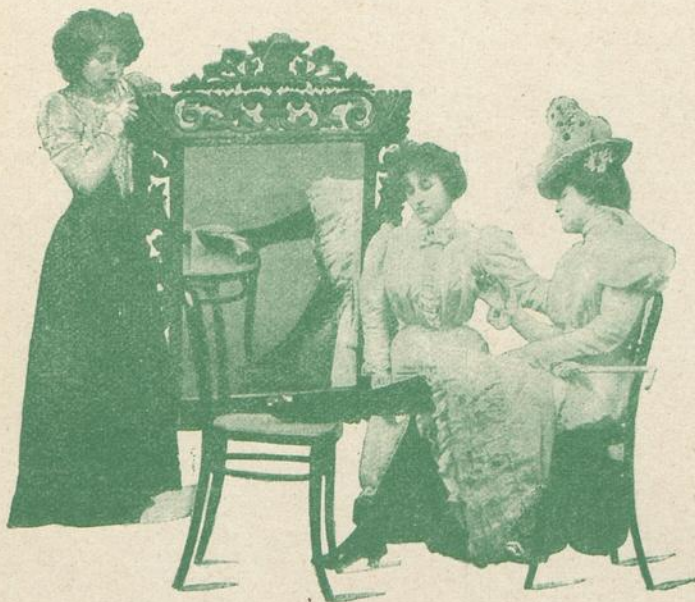
Zoa continuó:

— Pero nunca la malicia de los hombres se me había revelado de tan execrable manera como en la aventura de ayer. ¡Ah, queridas mías, lo que son las cosas, y cómo pese á las mejores intenciones del mundo se puede caer en el pecado! Figuraos que había tomado el express de la mañana para ir á ver á mi marido en Rouen. El express de la mañana, ¿habéis oído?, por temor á los peligros nocturnos: no ignoráis que ciertos viajeros, durante la noche, cuando la luz del compartimento, detrás de las cortinillas corridas, tiene complicidades de moribunda lamparilla se permiten revelaros, en voz baja, pro-

pósitos muy reprensibles. En fin, el express de la mañana: estaba tranquila del todo, pues un joven que permanecía sentado ante mí, llevaba unas gafas de azul oscuro, casi negro. Aunque era bastante guapo, y aunque las retorcidas guías de su bigote revelasen cierta fatuidad, es evidente que nada tenía que temer; ya se sabe que las personas que usan gafas acostumbra á ser serias. A decir verdad, ponía al mirarme una expresión tan risueña que no dejaba de inquietarme, y por un momento tuve la sospecha de si se habría puesto las gafas únicamente para preservarse los ojos del polvo y de las chispas de la locomotora. Pero pronto deseché esta idea: no había duda de que aquel joven era muy circunspecto, y no sería él quien se atreviese á alargar el pie bajo el asiento con el propósito de hallar otro pie... Así pues, me instalé en mi rincón llena de confianza, registrando y revolviendo el maletín, abotonando y desabotonándome los guantes con aquel gracioso aire de atareamiento que me es propio. Pero todo sin la menor

coquetería, ¿entendéis? ni sombra de esto. Y luego, que yo no pensaba más que en el placer de abrazar á mi marido. Aunque una sea así, algo loquilla, no por eso pierde el sentimiento de sus deberes. ¡Es tan agradable fortalecerse en la vida del hogar de vez en cuando... una ó dos veces al año! ¡Vamos, ya soltáis la risa! Pues os juro que yo era una muy honesta mujercita. Por desgracia, mi compañero de viaje no resultó del todo el hombre que yo esperaba. ¡Qué digo!, igual que los demás, á pesar de las negras gafas. Sus ojos, tras el cristal — ¡harto los veía yo cómo brillaban! — mirábanme de arriba á bajo, y pude advertir que consideraba particularmente, con notable insistencia, los ondulantes movimientos de mi seno que agitaba aquella creciente indiscreción suya.

Que una sea virtuosa no significa que deba estar flaca... ¡claro! Sentí que empezaba á buscarme el pie... ¡no podía faltar! En vano fué que por mi parte tomase un aire severísimo, que pudiese gesto — ya sabéis la jeta que hago yo cuando no quiero; — nada... el muy impertinente no cesaba en sus manejos, y á mí empezaba ya á inspirarme inquietud. Mi alarma creció cuando el tren penetró en un túnel, el cual recordé que era larguísimo. ¡Ay de mí! ¿qué iba á suce-



der? Para prevenirme contra el probable riesgo, busqué con la vista el timbre de alarma: no lo había en el coche. ¡Y entrábamos ya en la sombra! ¡Ah!, queridas mías!, no pudo portarse peor!... me cogió ambas manos en una de las suyas, buscando con la otra, en las tinieblas, todo lo que había visto en plena luz... y encontrándolo! ¿Qué hubierais hecho en mi lugar? ¿Dar gritos? ¿Quién me hubiera oído? ¿Defenderme? ¡Imposible!; aquel joven era singularmente robusto. Tomé el único partido que convenía en un caso tan excepcional: dejarle hacer á su antojo, manteniéndome por mi parte fría y digna. Ningún peligro serio, por lo demás, me amenazaba; pronto estaríamos fuera de la bóveda, por larga que fuese, y luego, al reaparecer la claridad, vería perfectamente en lo severo de mi actitud, en la indignación de mis miradas — ¡sí, porque mis ojos expresarían una gran indignación! — que yo era una persona absolutamente virtuosa, con quien no era de razón atreverse á tan insolentes libertades. ¿Verdad

que os merece aprobación mi conducta? Pocos segundos debían de transcurrir, y héteme ya fuera de aquel mal paso: de antemano me regocijaba ya imaginando la consternación de su rostro ante la solemnidad de mis mudos reproches. Pero ¡Dios mío! ¡qué túnel tan largo era aquel! Las tinieblas continuaban, y no veía más que tinieblas. En tanto el atrevido joven, tomando sin duda mi inmovilidad por consentimiento — ¡pronto se convencería de lo contrario! — me estrechaba más ardientemente las manos, me rodeaba la cintura, y en la frente, en el cuello, en las orejas, por todas partes sentía la huella de sus ardientes labios. ¡Oh qué mareo! ¡Y ese túnel que nunca se acababa! Parecíame imposible, porque ya era hora, ¡vaya si lo era! y con exceso. Pues no, el túnel no terminaba, ni el viajero tampoco con su juego. Ni un vislumbre, ni el resplandor más tenue. Más de un cuarto de hora hacía que estábamos en el subterráneo, media hora tal vez, ¡quién sabe si más todavía!... Oí roces de tejidos que no eran ya frotamientos de seda.. ¡Lancé un grito!... ¡Era tarde!... y al mismo tiempo sentí, al divisar una claridad repentina, que algo me caía del rostro... ¡Ah, queridas mías!... ¡no hacía poco tiempo que habíamos salido de la bóveda!...; pero, gracias á un ardid execrable, mi pícaro compañero me había colocado en la nariz sus negras gafas, para hacerme creer que continuábamos en el túnel...!

CÁTULO MENDES.

¡ELLAS!

Yace aquí mi esposa... ¡Oh cuán bien está
Para su reposo y mi tranquilidad!

Jacobo de Loréns.

Es más fácil de gobernar un reino que una mujer.

Cuanto más desnuda una mujer, más ataviada está.

A. Karr.

Una mujer sólo puede ser hermosa de un modo;
pero puede ser bonita de cien mil maneras.

Montesquieu.

Para ser amado de las mujeres, conviene dejarlas
creer que no se las conoce. No pueden convencerse
de que un hombre las conozca y las ame al mismo
tiempo.

Champfort.

Nunca está más expuesta á sucumbir una mujer,
que cuando se cree invencible.

Crébillon.



A. de Vigny dijo en un verso célebre:
La mujer, niño enfermo, es cien veces impura...

El amor de la mujer es arena movediza en la cual
sólo pueden levantarse castillos en el aire.

LA MUJER

De quince á veinte, niña; buena moza
De veinte á venticinco, y por la cuenta,
Moza gentil de venticinco á treinta;
¡Dichoso aquel que en tal edad la goza!

De treinta á treinta y cinco no alborozas.
Mas púedese comer con sal pimienta;
Pero de treinta y cinco hasta cuarenta
Cría niñas que labran su corozas.

A los cuarenta y cinco es bachillera.
Gorjea, pide y juega del vocablo;
Cumplidos los cincuenta da en santera.

Y á los cincuenta y cinco echa retablo:
Niña, moza, mujer, vieja, hechicera,
Bruja y santera, se la lleve el diablo.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

LOS PLACERES DE PARIS

BAILES PÚBLICOS



Entre los establecimientos parisienses donde se baila, no hay más que un corto número que realmente merezcan el nombre de *Bailes populares*, en los que sea fácil estudiar al verdadero pueblo de París, pues el *fla-fla* revoltoso de la *cocotte* moderna, la vanidad y la presunción insípidas del «calicot» han despojado de su verdadero carácter á esos bailes que, como *Bullier* y *Tivoli*, veíanse antiguamente frecuentados por la original y alegre tropa de los estudiantes y las grisetas.

La Griseta de Mürger, de Paul de Kock ha desaparecido, y *Bullier* no es ya un baile popular más que el domingo.

BULLIER

En el extremo de Boul'Mich' (Boulevard Saint-Michel), no lejos del apacible Observatorio, y al lado de la zanja del ferrocarril de Sceaux, la alta puerta abovedada de Bullier resplandece durante la noche, iluminada con globos centellantes y adornada de grupos en relieve personificando muy exactamente á la «estudiante» desmelenada, ligera, vaporosa, de ala-

das piernas, y al «estudiante» cancanista, de ladeado sombrero y aire entre calaverón y picaresco.

En la acera de enfrente, en la calzada, se aprieta, se estruja, sobre todo en las noches de fiesta extraordinaria ó de baile de máscaras, un público abigarrado, curioso, guasón y bullanguero, que acecha la llegada de los coches y aprecia á su manera y en alta voz los atavíos y galas de las bellas que van llegando, las delicadezas de su perfil, la «cabeza» de sus acompañantes, etc., etc.

Franqueemos el portal y atravesemos el vestíbulo: pronto se abrirá ante nosotros la ancha escalera por la cual se desciende al baile.

Desde lo alto de los escalones, el aspecto que á la vista se ofrece es en verdad para llevar algún azoramiento al ánimo del que por vez primera observa aquel tropel abigarrado y vocinglero, danzante y bullicioso, del cual surge como un rumor de oleaje mezclado de cálidos effluvios y de una niebla polvorosa que desgarrá el estrépito del cobre de una orquesta endiablada... Involuntariamente acude á la memoria Orfeo descendiendo á los Infiernos... y á la verdad, si la hornaza carece aquí de llamas y de calderas, no son gentiles diablos los que le hacen falta, ni siquiera Euridices dispuestas á recibir consuelos, y todas prontas á dejarse llevar sin resistencia por el primer Orfeo que llegue... con tal que posea el famoso *ramo de oro*!

* * *

Henos aquí en medio de la sala, algo baja, donde rectangulares columnas unidas por arcos portadores de globos, dibujan caladas avenidas; á izquierda, no lejos del busto venerable de *Bullier*, el fundador del baile, la orquesta con «furia» que disciplina el célebre maestro Conon, desencadena ritmos capaces de despertar á los muertos y que á menudo corea el público en masa; en torno de la sala, por tres costados de ella, se alza un estrado con ojivas por adorno y arabescos, y en él se colocan las mesas llenas de copas y botellas que vacían los bebedores y bebedoras, secas las fauces por la atmósfera requemante...

Pero desdeñando el tiro á la Flobert y el billar americano, hacia el jardín sobre todo encaminanse siempre los desocupados.

Más vasto que la misma sala, prolongándola á derecha en toda su altura, ábrese el jardín, lleno de frescura y de misterio, como floresta elísea donde vagan los escogidos... bajo la oreada sombra de viejos castaños, cuyas hojas clarean por debajo elevados lampadarios dándoles tonos decorativos.

En las mesas centrales, se apiñan lindas muchachas, vestidas con claras *toilettes*, y jóvenes rebotando alegría, chispeantes y agudos. En las avenidas, con lentos pasos, circulan otros grupos, sose-

gados ó bulliciosos, cambiando al paso saludos ó sonrisas, chanzas y envites... Enlazadas de brazos, cruzan bandadas de mujeres jóvenes charlando y riendo como locas, empujando á todo el mundo, dichosas con ser alegres y bonitas...

Apartados de la avenida circular, ábrense verdes bosquecillos débilmente iluminados, donde es fácil distinguir sentadas ante mesas varias parejas que descansan de las fatigas del baile, ó que se aíslan del torbellino de la muchedumbre para cambiar palabras dulces... ó frases agrias; testigo esos gritos agudos de altercado que de pronto surgen de cualquier rincón mezclados con el estridente son de los rotos vasos...; los inspectores se precipitan para separar á los combatientes — ó más bien á las combatientes, pues las peleas de mujeres abundan que es una bendición — y las dos *pollitas* coléricas se van cada una por su lado á arreglarse los desperfectos de faces y moños, en tanto que el *gallo* objeto del litigio, toma un continente de grave dignidad ante las miradas burlonas clavadas en él. Otras veces, la batalla termina con una expulsión general, y la querella, que se envenenará aún en el curso de la velada, gracias á las «buenas amigas», se disipa por fin hacia las dos de la madrugada en alguna cervecería del barrio, «libando» *bocks* con toda regla!

Sin embargo, en la sala donde penetra el público, los bailarines se invitan, se aprietan y se empujan, cada vez más numerosos y más excitados. En un rincón veréis formarse un corro al rededor de dos mujeres con traje de ciclista que valsan locamente, los ojos fijos en los ojos y suavemente enlazadas; más lejos, una *gosse* de aire canallesco, levantada muy alto la falda sobre la desnuda pantorrilla que destaca del calcetín negro, da vueltas y más vueltas sobre sí misma canturreando, y lanza ojeadas incendiarias á varios caballeros «algo maduros» que la contemplan.

* * *

¡Signo de los tiempos! El estudiante no quiere ya parecer «estudiante»; pretende ser «todo un caballero» y se avergonzaría dándose en espectáculo á la multitud, ni aun frente los excitantes bajos de una linda *chahuteuse* que le sonríe.

Y sin embargo, los jueves son los estudiantes quienes se apoderan de *Bullier*; el jueves es el *día selecto*, el día en que las «antiguas» habitantes del barrio, convertidas en «mujeres de posición» y que viven en la acera derecha, no se desdennan de atravesar el agua para ver nuevamente el decorado testigo de sus primeros... falsos pasos.

El jueves es el *día de encuentro*, pues *Bullier* es el «último salón donde se charla», como dice el interno M..., uno de los pilares del establecimiento; es el día en que el estudiante libertino va á bailar con su querida, y en que el estudiante sensato acude á oír un poco de música y á charlar con los amigos y amigas á quienes no ha visto desde la semana anterior.

El sábado y el domingo, el público se mezcla más:



un ojo algo observador distingue pronto al hortera, al dependiente de ultramarinos trascendiendo á especias, y sobre todo á las camareras y cocineras, de aires pretenciosos y manos harto coloradas, que miran por encima del hombro á la pequeña obrera tímida, anhelosa de bailar — y que se escapa cuando la invitan! La enfermera laica de los hospitales vecinos es igualmente una abonada de *Bullier*... Allí encuentra de nuevo á los practicantes de su sala... y aun algunas veces á sus enfermos!

* * *

El sábado y el domingo, las mujeres *de buen tono* del barrio frecuentan poco el baile de *Bullier*; todo lo más, comparecen por allí en el momento de la salida.

Así pues, el jueves es el día más á propósito para dar con esas beldades fáciles, profesionales ó desocupadas, obreras ó modelos, mujeres entretenidas ó por entretener... para una *soirée*... ó para más tiempo.

Allí veréis á *Manon* la morena, vestida casi siempre de terciopelo negro; *Dinah*, la judía, con el corpiño lleno de cequíes; la rubia *Lisette*, de opulento seno; *Bec-de-Gaz*, así llamada porque gracias á su talla puede soplar los mecheros; *Luisa*, muy al tanto en lo referente á hospitales y... á internos. En el rincón de los modelos admiraréis á la esbelta y fina *Esmeralda*, morena como una italiana y hierática



como una egipcia del tiempo de los Faraones, modelo favorito del pintor Merson y del escultor Ferrary; *Teresa*, de cuerpo divino, rubia como las espigas, é íntima de uno de nuestros más regocijados poetas; la regordeta *Nini*, con aires de pizpireta, pero excelente muchacha, y su inseparable *Blanca* con tocados de ala de cuervo. En fin, mencionaremos también á la «*Mujer Salvaje*», á punto siempre de atacarse de los nervios; la *Vesubio*, cuyo fuego, en otro tiempo célebre, empieza á menguar; la pequeñita *Lili*, con cabellera de muchacho, y *María*, de extraños ojos de esfinge, que — según dicen por lo bajo — no abraza que no muerda!..., é innumerables *Bertas*, *Juanas* y *Marias*, con apodos de difícil escritura... pero de costumbres cuya adivinación es harto fácil!

(Continuará.)

EL BESO

La dulce boca, que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado
Y á no envidiar aquel licor sagrado
Que á Júpiter ministra el garzón de Ida
Amantes, no toquéis, si queréis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que al aurora,
Diréis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno;

Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que después huyen del que incitan ora,
Y sólo del amor queda el veneno.

LUIS DE GÓNGORA.

EPIGRAMAS

Proyectaba Pepita un largo viaje
Y enseñaba á su esposo el equipaje,
Exclamando, al mirarlo, don Jimeno:
— «¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!».

G. BLANCO.

Conozco á un tal Blas Martín
Músico de un regimiento,
Que es, tocando el cornetín,
Un portento.
Y no obstante, sé que á Blas
Le regaña el director
Porque el viento, á lo mejor,
Se le escapa por detrás.

FÉLIX CUQUERFLLA.

Hubo, en casa de Esperanza,
Reunión de confianza,
Y tocó al piano Lola
Una preciosa romanza
Con la mano izquierda sola.

La ovación fué general,
Y su esposo don Luciano
Dijo al punto, muy formal:
— ¡Lo que hace con la otra mano
Sí que no tiene rival!



QUINCENA TEATRAL

CARTAS A MARGARITA

Querida mía: recibo tu última y con ella la desagradable noticia de que desistes de tu viaje á Barcelona y esperas tranquilamente el momento de marchar á Biarritz. Tú sabrás lo que haces, aunque no te insto mucho para que cambies de itinerario porque ahora en Barcelona se pasa una la vida bastante aburridamente. Sólo dos ó tres ocasiones ha habido de lucimiento para nosotras: el gran festival dedicado á Verdi y celebrado en el Palacio de Bellas Artes; la corrida de Beneficencia y unos simulacros de carreras de caballos durante las cuales algunas compañeras nuestras han sido el único tema de las conversaciones, por la excesiva escrupulosidad de algunos caballeros, que sin duda ignoran que en París, somos nosotras precisamente el mejor encanto y mayor atractivo de las fiestas hípias y que en ellas imponemos las modas que después acatan todas las señoras sin distinción de partidas de bautismos y certificados de matrimonio.

Aquí hay mucho hipócrita, Margarita querida, y bastantes niños góticos que queriendo sentar plaza de *petit sucrier* no pasan de ser unos inocentísimos Luises. El Príncipe Colibrí, cuyo retrato te envío adjunto, es la verdadera síntesis y el emblema más acabado de la goma que hoy se gasta. Todos son príncipes... colibríes y ¡naturalmente! cuanto hacen resulta pequeño. ¡Con decirte que ha habido un pollo á quien pedí cincoduros para dulces y me ofreció dos pesetas!

Novedades teatrales, propiamente dichas, pocas. En el Tívoli, tampoco tendremos este año saltimbanquis, pues ha debutado en él una compañía de opereta española de la que forman parte las Srtas. Perez, González, Jordán, Montesinos, y Gamero, Aristi, Pozo y otros que no recuerdo, entre el elemento masculino. Creo que logrará hacer una buena campaña, pues tanto el personal artístico como las obras anunciadas, empezando por *El Duquecito*, son merecedores de que el público continúe como hasta ahora, favoreciéndole con su asistencia.

Cuando echo esta carta al correo, está anunciada en el Teatro de la Gran Vía la presentación de una compañía juvenil Hispano-Americana, cómico, lírica y coreográfica, en la que figura el precoz primer actor genérico Aquiles Jiménez y las tiple Srtas. Remedios Rodríguez y Anita Anguita. Por cierto que su empresario Sr. Jiménez, para dar más atractivo al cartel, ha hecho saber que el muchacho es de origen colombiano, lo cual creo que tiene á todo el mundo completamente sin cuidado, y que además está condecorado con la medalla de

oro de la Cruz Roja de Madrid. Te aseguro que esta declaración me ha sumido en un mar de confusiones. ¿Qué habrá podido hacer el joven Jiménez para obtener esa medalla y qué medalla será esa?

De todos modos, la compañía procede de la Exposición de París y de Nueva York, Habana y Méjico, según dicen, y si es cierto eso y el que en dichos puntos ha obtenido éxitos repetidos, comprenderás que no he de ser yo quien no desee que pueda sumar á ellos el que aquí logren.

Electra continúa, á la hora presente, representándose en el *Eldorado*, aunque ya, por fortuna, sin el aditamento de himnos de Riego ni Marsellesas que lamentar.

Los Galeotes han constituido la gran atracción de la temporada de primavera en el teatro de Novedades, y la cosa lo merece. Es una obra preciosísima y sobre todo muy humana. Los tipos de los galeotes padre é hijo, están pintados de mano maestra, y no hay nadie que no padezca alguna reproducción de semejantes ejemplares. Además la compañía que dirige Paco García Ortega, borda las obras, resultando unos conjuntos admirables. Los lunes y viernes continúan brillantísimos y concurrimos á ellos la nata y flor de lo *chic*.

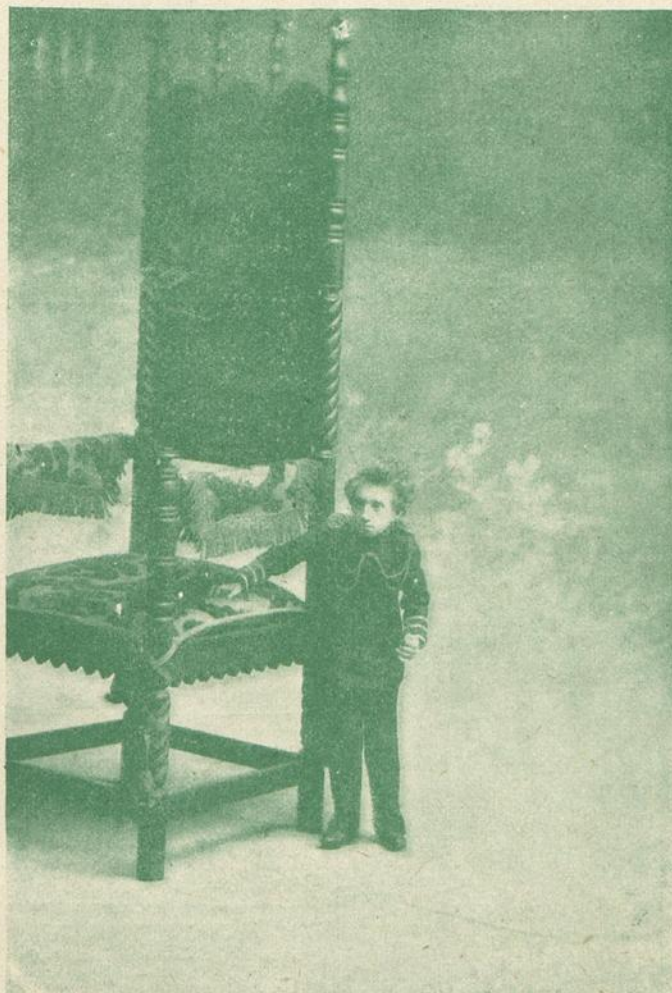
A pesar de que la temporada está bastante adelantada, el Edén Concert sigue ofreciendo constantemente debuts y novedades á sus concurrentes habituales. La nueva empresa que tiene á su cargo tan simpático café-concierto, no descansa, procurando dar alicientes á sus espectadores, no siendo esto lo extraño, sino el que lo consigue.

Un día de estos se inaugura un nuevo teatro en la calle del Marqués del Duero. Creo que está hecho con los restos gloriosos del derruido Teatro Lírico y que le tiene á su cargo el popular actor valenciano Gil, quien cuenta con Pepita Alcacer como primera tiple. En mi próxima epístola te diré, si, como creo, se ha inaugurado para entonces, el resultado de la apertura.

Hace mucho calor y voy á darme un baño porque esta tarde tendré visita.

No puedo escribirte más. Siempre tuya

DEMI-VIERGE.



20 cénts. número

PARIS ALEGRE

BARCELONA

Para los anuncios en esta Revista, dirigirse á todas las Agencias de publicidad y á esta Administración:
Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona



Riera Alta, 18. — BARCELONA
Sucursal:
Providencia, 14, 1.º, 2.ª, Gracia

GRAN SURTIDO
DE
TARJETAS POSTALES
ILUSTRADAS
Nacionales y Extranjeras

LE TRAVAIL

Administración PARÍS ALEGRE:
8 y 10, Rambla del Centro.
— BARCELONA —

**PERFUME DELICIOSO
FINOS Y ADHERENTES**
10 reales caja en el Depósito Central:
Plaza del Pino, 6, farmacia
BARCELONA
Por correo certificado, 14 reales.



Premio «BENUNCIADO» en la Exposición Universal de París de 1900.

CURACION CIERTA DE LAS ENFERMEDADES URINARIAS
SANTALOL SOL
NUEVO MEDICAMENTO MUCHISIMO MAS ACTIVO QUE EL SÁNDALO

DEPÓSITO: Farmacia Sol, Cortes, 226 (frente Universidad), BARCELONA

HERMOSEA, conserva y vigoriza el cabello.
DETIENE su caída y promueve su crecimiento.
IMPIDE la calvicie y canicie prematura.
VENTA: En todas las Farmacias, Perfumerías, Droguerías, Peluquerías y Bazares. Frasco: 3 ptas
 Por mayor: V. Ferrer y C.^{ta}; Vidal y Ribas; L. Gaza; S. Banús; Lafont; Dr. Andreu y Cebrián y C.^{ta}, Barcelona. — G. García y Martín y C.^{ta}, Madrid.

Premios Exposición PARÍS 1900 (único concedido), y IX Congreso Internacional de Higiene, Madrid.

Unicas que en 2 meses sin perjudicar la salud, dan al seno la exuberancia y tersura deseadas. Frasco con instrucciones 7 pesetas. Se remiten por correo enviando 7:50 pesetas en libranza ó sellos, á Gebrián y C.^a Puertaferriera, 18, Barcelona.



NO SE ADMITEN ORIGINALES

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD